

ESPAÑA ANTE LA RECESIÓN GLOBAL: UN PROYECTO DE MODERNIDAD RENOVADO

LA PRIMERA RECESIÓN GLOBAL

Vivimos inmersos en medio de una grave crisis económica, la que podríamos denominar la primera recesión global. La globalización es una realidad ineludible y en todo el mundo se sufren las consecuencias de una crisis que empezó siendo financiera, como consecuencia de un exceso de crédito que llevó a sobrevalorar activos e ignorar riesgos, y que se ha extendido rápidamente al comercio, la producción y el empleo. Se ha visto una vez más que no existe una economía real y otra financiera. Cuando la confianza en el sector financiero se ve dañada, la economía en su conjunto se deteriora rápidamente.

La naturaleza global de la crisis no implica que todos los países vayan a sufrirla con la misma intensidad o del mismo modo. Cada país, cada empresa, cada sujeto económico, cada persona en definitiva, se ve afectada por la crisis de manera diferente. Dependiendo del grado de endeudamiento, los activos en los que se haya invertido o ahorrado, las capacidades, los conocimientos y habilidades de cada cual o los sectores de actividad en los que se opere, habrá quien vea oportunidades en entornos que para otros resul-

Baudilio Tomé Muguruza es diputado del Partido Popular.

ten trágicos. Hay quienes están más preparados para afrontar la crisis. Es por eso que resulta tan perjudicial la visión simplista que a veces se transmite del ciclo económico como un hecho fatal, como una onda que se repite en el tiempo necesariamente, frente al que no habría que hacer nada distinto que esperar a que cambien las circunstancias. La historia no es un eterno retorno, por más que existan errores que se repiten y lecciones que aprender. No todo lo que baja tiene que volver necesariamente a subir, ni hacerlo de la misma manera ni hasta alcanzar la misma posición. Las crisis económicas se parecen poco al flujo y reflujo de las olas o al sucederse de las mareas, más bien se asemejarían a una galerna cuyos efectos dependen de la solidez, flexibilidad y anclaje de los bienes afectados.

Dependiendo de la situación previa y de las decisiones que se adopten, unos países saldrán de la crisis antes y en mejor posición que otros. Esta crisis va a cambiar la posición relativa de las distintas economías dependiendo de las fortalezas previas, de las decisiones que se adopten y de las expectativas y confianza que se generen cara al futuro.

ESPAÑA ANTE LA CRISIS

La crisis económica ha puesto descarnadamente de manifiesto las debilidades de la economía española. A estas alturas es obvio que lo que nos pasa no es sólo consecuencia de una crisis financiera internacional.

La crisis llega en un momento en que las familias y las empresas se encuentran excesivamente endeudadas. Llevamos años viviendo por encima de nuestras posibilidades, recurriendo a inversores internacionales que confiaban en las perspectivas de futuro de nuestra economía. Todavía en el año 2008 el déficit exterior se acercaba al 10 por ciento del producto interior; de cada cien euros que se consumieron o invirtieron en España, diez se financian endeudándose con el resto del mundo. En esta circunstancia, en un momento en que el crédito escasea y algunos de los sectores en los que se ha invertido, como es el caso del inmobiliario, están seriamente dañados, el problema es evidente. No sólo faltan recursos exteriores para financiar la marcha ordinaria de la economía, sino que habrá que hacer frente a las deudas

contraídas. Una economía que, falta de competitividad, no está demostrando capacidad para reequilibrar sus cuentas aumentando sus exportaciones, tendrá, necesariamente, que asumir sus pérdidas y apretarse el cinturón.

El otro factor que caracteriza el momento presente es un aumento dramático del paro, que no tiene comparación en rapidez e intensidad con lo que está sucediendo en ningún otro país. En apenas un año, el paro en España vuelve a acercarse al veinte por ciento, duplicando la media de la Unión Europea.

Es por eso que resulta tan importante analizar las causas de la crisis en España para valorar si se está dando una respuesta adecuada. No vale con fiarlo todo a que la recuperación de otras economías arrastre a la nuestra.

¿QUÉ NOS HA PASADO?

Las perspectivas que se abrían a la economía española en el año 2004, cuando el Partido Socialista vuelve al gobierno, después de ocho años de oposición, eran realmente esperanzadoras. Se llevaban ocho años con un crecimiento superior, en media, al tres por ciento; se había reducido el paro a la mitad, incorporando más de cinco millones de españoles al empleo; se había producido un acercamiento sustancial, de más de diez puntos, al nivel de renta y bienestar de las naciones más desarrolladas de Europa; se contaba con una moneda y unas finanzas públicas estables, sin déficit y con una deuda pública reducida. Nunca antes, nunca a lo largo de su historia, el país había estado en tan buena posición ni se le abrían unas perspectivas tan alentadoras. España estaba más abierta al mundo que nunca y contaba con las mejores bases para afrontar los profundos cambios que se estaban produciendo en todo el mundo por efecto de la globalización, las nuevas tecnologías, el cambio climático o los nuevos retos para la seguridad.

En estos momentos son muchos los españoles que viven con la perplejidad de ver cómo se está perdiendo buena parte de lo conseguido en muchos años de sacrificio, sin que el Gobierno haya dado una explicación razonable de la situación.

Si algo ha caracterizado la gestión económica desde el cambio de gobierno en el año 2004, esto ha sido la complacencia y la falta de visión estratégica y sentido de la realidad. Los gobiernos socialistas a la hora de enfrentar la gestión de la economía se han comportado como si ya estuviese hecho todo. Se ha fiado todo, paradójicamente, a la gestión los gobiernos de José María Aznar como si, gracias al impulso ganado, se pudiese prolongar indefinidamente por pura inercia el buen momento económico.

Se ignoró la excesiva expansión del crédito, que el Banco de España hasta entonces había sido capaz de moderar, el incremento de la inflación, la creciente dependencia exterior, la pérdida de competitividad o la burbuja en el mercado inmobiliario. Se asistió pasivamente a la aceleración del ritmo de creación de viviendas sobre la base de un endeudamiento exterior y una inmigración crecientes.

Los españoles continuaron endeudándose para disfrutar de una fiesta sobre cuyo final el Gobierno no les previno. Durante cinco años se abandonaron las reformas económicas mientras que, al tiempo que se mantenía un tímido superávit presupuestario, se comprometía un mayor gasto público para el futuro.

Durante cuatro años se vivió con complacencia mientras, desde el Gobierno, se proclamaba que España iba mejor que nunca, que estábamos a punto de alcanzar a países como Francia o Alemania o que el pleno empleo estaba al alcance de la mano. A continuación se pasó a negar la realidad de la crisis y a acusar nada menos que de antipatriotas a los que advertían sobre el preocupante futuro de la economía española. Lo cierto es que la crisis financiera internacional era una realidad desde mediados de 2007 y que organismos internacionales y economistas y analistas de todo signo llevaban años reclamando reformas para hacer frente a las debilidades estructurales de la economía española.

Paradójicamente, parece que uno puede llegar a creerse su propia propaganda, ya que de las elecciones de 2008 salió un gobierno prácticamente sin cambios que, de negar la realidad de la crisis, pasó a proclamar que es-

tábamos mejor preparados que nadie para afrontar un fenómeno que nos venía de fuera y, sin solución de continuidad, a negar que hubiera margen y capacidad de actuación. Un año después, tras una remodelación profunda del gobierno, se predica el mismo cambio de modelo de crecimiento económico que se anunciaba hace cinco años, atribuyendo la dramática situación actual, nada más y nada menos que a quien es responsable de la boyante situación de 2004.

EL CAMBIO DE PRIORIDADES

La crisis actual y el desconcierto de una sociedad inadvertida por sus gobernantes se explica, en buena parte, por un Gobierno que, despreciando la necesidad de proseguir las reformas estructurales, ha concentrado sus esfuerzos en cambiar la visión que los españoles tienen del mundo, de su historia y de sí mismos.

Los gobiernos fijan la agenda política, ponen el foco hacia el que se dirige la atención y las energías de un país, y así son capaces de orientar, o desorientar, los esfuerzos de la sociedad. Por eso su acción puede ser tan perturbadora cuando se ignoran las exigencias de la realidad.

Por primera vez en treinta años, el Gobierno ha querido cambiar los objetivos estratégicos de modernidad, apertura y progreso que la sociedad española compartía desde que se inició la transición democrática. Rodríguez Zapatero ha abandonado el proyecto compartido sustituyéndolo por nuevos objetivos sobre los que no hay acuerdo social y que dividen a los españoles. La nueva agenda institucional, política y social, se quiere imponer a través de una confrontación maniquea con todos los sectores que no la comparten.

Al ignorar los retos globales, en los últimos años el debate público en España se ha vuelto introspectivo, volviendo sobre viejas cuestiones que en el pasado lastraron nuestra historia. En un intento de impulsar un cambio de valores que consagre la hegemonía política de una izquierda socialmente dirigista, se ha cuestionado el gran pacto de la transición.

A la hora de abordar reformas sociales, institucionales y territoriales, que afectan a veces a derechos fundamentales, se ha abandonado el amplio consenso con el que se venía actuando, negando incluso legitimidad a los grandes partidos que surgieron precisamente con la democracia. Y mientras tanto se hacía protagonista a las minorías que por diversos motivos se habían mantenido al margen. Mediante una alianza con fuerzas nacionalistas y de la izquierda se ha cuestionado la realidad nacional, la pluralidad de la sociedad, la igualdad de derechos y se ha tratado de enlazar la legitimidad del régimen político con unos años treinta que en prácticamente toda Europa resultaron convulsos y políticamente fallidos.

Cuando el reto era, y es, afrontar desde una posición competitiva el siglo de la globalización, se ha obligado al país a volver la vista atrás más de setenta años, como si en el momento de la transición a la democracia los líderes políticos se hubiesen puesto a discutir sobre las causas y efectos de la guerra de Cuba.

EL VALOR DE LA TRANSICIÓN

España ha venido recorriendo de manera coherente el camino que emprendió hace treinta años. La Transición permitió precisamente superar la introspección doliente sobre el fracaso de España mediante un proyecto compartido de futuro.

Sin querer entrar en debates sobre la excepcionalidad o no de nuestra historia moderna, lo cierto es que España no había estado presente en los grandes hitos de la historia de Europa a lo largo de casi dos siglos. La larga dictadura nos había dejado al margen de las transformaciones políticas de la Europa de la segunda postguerra mundial. España tuvo que abordar con más de treinta años de retraso la transición a la democracia, la integración en Europa y en las estructuras de seguridad de las democracias. La Transición fue un pacto para la libertad y la democracia, para reconocer la pluralidad de España y para modernizar la vida política, económica y social tomando como referente la normalidad democrática de las otras grandes naciones europeas.

Éste es un proyecto que ha sido ampliamente compartido por partidos de distinto signo político que con lógicas diferencias, análogas a las existentes entre los grandes partidos del centro y el socialismo europeo, se han sucedido en el gobierno haciendo posible la alternativa y la alternancia cuando los ciudadanos lo han demandado. Las reformas políticas, económicas y sociales se han sucedido, a distintos ritmos y con distintos acentos, pero en general han ido generado un poso que se ha ido asumiendo por todos.

El enfoque reformista, más o menos intenso, más o menos complaciente, hizo posible la consolidación de la democracia y las libertades, el desarrollo autonómico, la integración en la Alianza Atlántica y en la Unión Europea, la modernización económica, la creación de empleo y la entrada en el euro. La consecuencia fue que los españoles han podido disfrutar del mayor grado de libertad y prosperidad de toda su historia. Ha habido que pasar momentos difíciles en la lucha contra el terrorismo o de grave crisis económica, pero, en general, la sociedad española ha estado en los últimos tiempos más abierta al cambio, un proceso del que ha ido viendo sus frutos, que otras sociedades que en Europa ven cualquier alteración del *statu quo* como una amenaza contra su bienestar.

España, a comienzos de siglo, estaba en general bien orientada para afrontar el reto que supone la globalización. Esto no quiere decir que estuviese todo hecho, ni mucho menos: sigue habiendo temas trascendentales que han sido descuidados a lo largo de estas décadas u otros en los que nos hemos ido desviando complacientemente en una dirección errónea. El país tiene un marco institucional que en general le sienta bien, pero que requiere todavía de importantes esfuerzos para conseguir la flexibilidad y estabilidad que otros han ido consolidando a lo largo de siglos. En treinta años hemos protagonizado una transformación política, social y económica unánimemente reconocida que, para salir triunfante en un entorno incierto de transformaciones aceleradas, requiere perseverar en un proceso de reforma y fortalecimiento institucional.

Sin embargo, en los últimos años, se ha ido generando en distintos sectores del país una sensación creciente de desconcierto, de pérdida de

rumbo, de que las cosas no son como ya se daban por hecho. Son muchos los ciudadanos que expresan una creciente desconfianza hacia la clase política y una voluntad de retraerse de las cuestiones públicas. Resultan reveladoras las últimas encuestas del CIS que ponen de manifiesto que uno de los problemas que más preocupan a los españoles, tras el paro y la economía, lo constituye, precisamente, el gobierno, los partidos y los políticos. Un factor determinante está siendo tanto la gestión de la crisis por parte del Gobierno como el cambio de las prioridades políticas hacia objetivos que dividen a los españoles y no son ampliamente compartidos.

UN PROYECTO COMPARTIDO DE FUTURO

Hoy España se enfrenta a una crisis que no sólo es económica, que es también política, institucional y, ante el drama del paro, social. Tanto los organismos internacionales como los analistas independientes anticipan que puede ser de mayor duración que la que sufren otras economías. Es claro también que si no se da la respuesta adecuada la crisis se puede hacer persistente en nuestro país.

En un mundo tan interrelacionado la solución de la crisis pasa en primer lugar por asumir las pérdidas, ahorrar, sanear el sector financiero y restaurar la confianza. No somos tan ricos como nos habíamos llegado a creer y por eso es necesario que los consumidores, los ahorradores, los inversores o los empresarios sientan que pisan suelo seguro para que la recuperación se inicie sobre bases sólidas.

No vale con añadir deuda pública a los altos niveles de endeudamiento privado, en un intento de que la crisis pase de largo para dejarse arrastrar por la recuperación futura de las grandes economías. Hoy ya se ha visto que el paro nos golpea más duramente que a ninguna otra economía.

Las reformas económicas son ineludibles. Hay reformas sobre las que existe un amplio consenso, que engloba desde a la oposición y a los orga-

nismos internacionales hasta a reconocidos economistas independientes y a figuras relevantes del socialismo. Reformas que afectan al sector financiero, a la energía, al mercado laboral, a la liberalización y a la privatización, a la garantía de la unidad de mercado o a la reforma fiscal y de la financiación autonómica y local; reformas que pasan por la austeridad presupuestaria, el apoyo a la creación de empresas y a la innovación, una gestión más eficiente de los servicios públicos y la sostenibilidad futura del sistema de bienestar.

La modernización definitiva de nuestro sistema económico pasa por superar viejos intereses corporativistas que todavía lastran nuestra regulación económica y laboral. Si hay una lección que extraer de la historia económica de España, que en esto no es ninguna excepción, es que siempre ha sido beneficiosa la apertura a la competencia y al mundo. Son los sectores más expuestos a la competencia internacional, algunas veces aprendiendo la lección después de dolorosas reconversiones o de procesos de privatización y liberalización, los que han sido capaces de triunfar en el escenario internacional. Hay que asumir definitivamente que para ser productivos y poder disfrutar de un alto nivel de vida, hay que competir e innovar. En el mundo actual compiten los países, las empresas y las personas, los sistemas institucionales y regulatorios.

La naturaleza de la crisis en España y los sacrificios que habrá que hacer para superarla exige recuperar, como se hizo en la Transición, un proyecto nacional de futuro respaldado por una amplia mayoría social.

España tiene que superar cualquier tentación de división, tensión o enfrentamiento. Un país con la vista vuelta hacia los fantasmas del pasado, ignorando la realidad y la tarea que le corresponde a cada generación, difícilmente podrá entender las circunstancias del momento presente.

Asumir la realidad requiere superar tanto la complacencia como la perplejidad o el desánimo, por más que siempre habrá quien predique que la crisis en España responda a arraigados factores estructurales o idiosincráticos.

España necesita abordar ineludiblemente la mejora de la calidad del debate público. Es imprescindible superar la concepción de la política, que se ha promovido en los últimos años, como un combate ritual entre partidos en el que la victoria se busca, y a veces se alcanza, estigmatizando a un adversario al que se le atribuyen atributos e intenciones que nada tienen que ver con su trayectoria. La mejora de nuestra vida pública requiere un debate real y sereno de ideas, con voces y organizaciones sociales que se hagan presentes de manera reflexiva en el mismo. Hay que reconocer la autonomía de la sociedad, el mérito y la excelencia.

Las oportunidades de España pasan en estos momentos por integrarse plenamente en una posición de fortaleza en la globalización. Para ello es imprescindible la mejora de nuestro sistema educativo. A pesar de recursos crecientes y de la generalización de las oportunidades en el acceso a la educación en todos los niveles, España sigue liderando estadísticas de abandono y fracaso escolar. La baja posición que alcanzan los escolares de nuestro país en los estudios comparativos internacionales es la prueba más elocuente de que hay cosas que no se han hecho bien.

A lo largo de las últimas décadas se ha querido utilizar el sistema educativo para hacer naciones, imponer usos lingüísticos, demostrar modelos pedagógicos o inculcar una ética particular con carácter normativo. Los cambios normativos han sido permanentes, ignorando, en la mayoría de las ocasiones, que una educación de calidad es esencial para una democracia madura y el principal vector de la competitividad económica de un país. Necesitamos que la escuela deje de ser campo de enfrentamiento ideológico y que de una vez reconozca la pluralidad de la sociedad española haciendo realidad una plena libertad de elección en materia de enseñanza. También las universidades tienen que buscar la excelencia, competir de manera efectiva por los mejores alumnos y profesores y lograr los recursos para desarrollar su labor investigadora.

La crisis económica mundial traerá cambios institucionales y en la regulación a nivel internacional. Todos los países toman ya posiciones para estar en la mejor posición. El momento es crítico. Y en un tiempo de cam-

bio tan profundo como el que se está viviendo o se va a vivir no caben complacencias, décadas perdidas o quedarse al margen.

El resultado de las últimas elecciones europeas ha abierto un nuevo tiempo político. La sociedad reclama un cambio de rumbo para volver a mirar al futuro con confianza. España ante la crisis necesita recuperar un proyecto ilusionante de futuro.

Hoy como en la Transición existe la necesidad de un nuevo proyecto compartido que surja de un análisis crítico de nuestra realidad, que asuma las debilidades de nuestro país partiendo de las tareas que han estado desatendidas o en las que se ha fracasado en los años de la España democrática. El referente en estos momentos de cambio, en el que nuevos agentes aparecen poderosamente a nivel mundial, tiene que ser estar entre los mejores.

Las prioridades tienen que volver a ser la modernización económica y social de España, emular a veces las mejores prácticas y atreverse también a innovar y a liderar los cambios, aportando alternativas basadas en la realidad, adecuadas para un mundo en transformación en un entorno cada vez más incierto. Sólo con objetivos ambiciosos a largo plazo podremos abordar la crisis con posibilidades de éxito.

Las tareas son muchas y el reto, ahora, es generar un consenso amplio sobre el alcance de las mismas y alcanzar una mayoría social que las apoye políticamente. Es necesario un debate público riguroso que trascienda la esfera meramente política y en el que se involucren voces de distintos ámbitos sociales. Un debate, un consenso y una mayoría que, una vez que el Gobierno ha dado la espalda a la realidad, le corresponde liderar al Partido Popular.

PALABRAS CLAVE:

España • Economía española • Pacto de Estabilidad y Crecimiento

RESUMEN

La “primera recesión global” ha afectado a España de forma especialmente negativa. Estamos ante una crisis económica, pero también política, institucional y social. El gobierno socialista, incapaz de tomar medidas eficaces, ha negado esta realidad y se ha escudado en su carácter internacional. Sin embargo, la crisis muestra claras diferencias en España y una parte de la ciudadanía manifiesta ya su hartazgo y desinterés hacia lo político. Tras el triunfo del Partido Popular en las elecciones europeas, es necesario superar la división, tensión y radicalismo promovidos por José Luis Rodríguez Zapatero y mejorar la calidad del debate público. Es hora de abordar un nuevo proyecto nacional basado en un amplio consenso como el que dio tan buenos frutos en la Transición.

ABSTRACT

The “first global recession” has had a particularly negative impact on Spain. We are facing an economic crisis, but also a political, institutional, and social one. The Socialist government, incapable of taking effective measures, has denied this reality and has shielded itself behind its international nature. Nevertheless, this crisis shows very clear differences in the case of Spain, and a part of the population is already showing signs of being tired and not interested in political affairs. After the success of the Partido Popular in the European elections, it is necessary to overcome the division, tension, and radicalism promoted by José Luis Rodríguez Zapatero and to improve the quality of public debates. It is time to tackle a new national project based on a broad consensus like the one achieved in the Transition, giving such good results.